

ALFONSO BULNES

TRIPTICO

I. LOS PILARES

C E R R A D A hasta nueva jornada de labor la sala de atención de los negocios, enfiló lentos pasos por el corredor de la vivienda campesina y, desatento, incapaz ya de percepción consciente, comenzó a hilvanar una serie numérica que había de paralizarse, junto con sus pisadas, en la cifra quince.

¡Qué laya de novedad! se dice, fastidiado. ¡Si lo sé de antemano, y no hay tarde en que pueda ignorar que no hallaré uno más ni uno menos que los presentes la vispera! No obstante, cada nuevo crepúsculo vespertino me sorprenderé, junto al último, de haberles contado. ¿Por qué tal tiránico mecanismo?

Debe de ser, volvía a intuir trabajosamente, porque vaciada en la oficina la cabeza, aletargados en la inmovilidad los músculos, en visibilidad incierta el jardín, he pasado a ser un autómatas dócil a la sollicitación de las más inmediatas costumbres. Y, por lo demás, concluía ¿a qué rebuscar el origen de sucesos que no crean responsabilidad?

Vuelto sobre sus pasos, retornó al punto de partida de este paseo inicial, y al término del corredor balbuceó, otra vez borrosamente: quince.

Yendo y viniendo, viniendo y yendo, apenas advertía, esa tarde como todas las otras, la disimulada penetración en el jardín de unos paños más y más negruzcos empeñados en interrumpir la continuidad de las formas, por suerte tan sabidas, pues su memoria, felizmente precisa aun estando privada de sollicitación, mantenía inalterables y nítidos los perfiles hurtados.

Pero algo ha interrumpido un momento su andar, junto a uno de los pilares al advertir en él una pequeña superficie descascarada de pintura, que descubre el madero original. ¡Es natural! reflexiona: la irregularidad de un nudo no permitió la perfecta adherencia del material un día sobrepuesto; el que puede, como ahora, tardar años en desprenderse. ¡Pero, un nudo! queda cavilando. ¡Luego, de aquí partió una ramal y puntualiza: ¡es claro! este leño que ahora, condenado de antaño a perpetuidad de trabajo forzado, no hace más que sostener la techumbre, y con ella resguardarme del cielo raso, no nació como tal, y hubo de ser tronco, cauce vertical de un río de savia que tendió alegremente alrededor suyo ramas engendradoras de follaje, de cuya ancha sombra palpitante no resta hoy nada más que la exigua prolongación rectilínea suya en las baldosas y en el muro.

¡Azares de la suerte, que rige todo lo viviente! fue cuanto logró destilar del liviano compás reflexivo; y pese a ello, en ese apagado entrever se prendieron imágenes surgentes del inerte madero: un balanceo de ramas revueltas por el viento ausente ahora del jardín, un mudar del tinte de hojas inaprensibles desde un tierno verde primaveral hasta un pardo y crugiente final invernizo, un revuelo de aves y los últimos trinos pasionales de la época de los nidos, que el jardín no vivía. ¡Verdad! atisbó, y estos quince enmudecidos habrían podido procurarme tarde a tarde sensaciones de aquellos días que yo, por cierto, habría acertado a llamar eglógicos.

¡Estoy perdiendo el tiempo en estos extravíos! cortó bruscamente para no volver su viciada realidad, y cortos segundos después, en el extremo del corredor, repetía por última vez: quince.

La noche había cubierto el jardín, y al dirigirse él a la puerta de su aposento, el "Chist" de una lechuza le sonó a reproche innecesario a su monólogo interior.

II. LA GLICINA

Escriben los sabios que soy especie nativa de la vieja China, y estoy acorde con ellos siempre que logren penetrar más hondo en la historia que lo que hasta aquí han penetrado merced a sus privativos métodos científicos.

Pues para ellos mi especie existe a partir del día en que mi primer ejemplar asomó brizna tierna de la costra bajo la cual sus raíces la empujaban en busca de la luz solar y, trocándose de brizna de tronco, de tronco en ramaje, y de yemas en flor y más tarde en se-

millas, desparramáronse éstas por el Imperio de hermética vastedad. Y en rigor, la ciencia patentada por ellos no puede, ni debe tal vez, quebrar tal límite de investigación.

Pero mi alerta memoria me presenta a mí misma, en visión espontánea, desde milenios más lejanos y herméticos para ellos que el paño geográfico de arrozales, montañas y desiertos que ellos contemplan, en decorados de pinceles maestros.

En exacta verdad, sé que nací lejos del humus sustentador de las restantes especies vegetales, alto en el aire, sin allego a sostener, simple guirnalda de celestes racimos florecidos.

Y además, nací simultáneamente en sitios apartados —palacios en poblados, o residencias campestres— sin que semilla alguna de esas vainas en que ahora se transforman mis copos aromáticos se hubiese producido y dejado caer al seno terrestre donde operan las leyes mecánicas.

Suspendida en flor perenne permanecí, ya en las sedas recamadas de mandarines de mirar oblicuo como techos de pagodas, ya en abanicos de tan leve ventear que ni uno solo de mis pétalos innumerables resbalase a las faldas de sus dueños o se enredase en la pirámide invertida de sus barbas. Y así, en dicha, se fueron mis primeras largas edades.

¿Cómo ocurrió el traspaso desde las sedas portátiles a la tierra yacente? yo no sabría contarlo a los sabios, a fin de completar mi historia. Quizás pudo una seda desgarrarse y un fragmento de mi guirnalda ser arrastrado a los campos; o tal vez destrozóse un abanico perdiendo una varilla entre los tallos de las flores traídas del jardín y próximas a ser cambiadas para nueva gala del aposento; o bien quebróse en la mansión algún jarrón de la dulce porcelana de sapientes dinastías difuntas, en cuya boca airosa solían prender configuradas las mismas guirnaldas de sedas y abanicos color Celeste Imperio.

Sea cual fuere la probabilidad mayor, alguno de tales copos, tendido en tierra, mudó de flor a semilla y de semilla a brizna trepadora, ocasión precisa en que comienza el segundo capítulo de mi existencia, primero mencionado en los textos oficiales, cuando ya no puedo tenderme en las blanduras del aire sin leño o muro que sustente mi ascensión; cuando mi permanecía visible de antaño es cambio impuesto de desnudez a flor y a simiente para volver a otra transitoria desnudez, satisfaciendo así el ajeno juego regulado de la vida y la muerte, juego que en mi anterior ciclo viviente se iluminaba de esperanzador azar,

III. A IMAGEN Y SEMEJANZA DE ...

Desde el extremo de una larga rama tendida por la glicina de pilar a pilar, un anuncio estridente, una y más veces repetido, detiene a quien se acerca a la vivienda campesina:

“¡Au-ro-ra! ¡Au-ro-ri-taaa!”.

Nombre de ser humano, sin duda, bien lo sabe el forastero, pero no el único atribuido a todos los visitantes, ajenos en todo caso a la mayoría de quienes frecuentan estos contornos.

No hay que olvidar tampoco, lo sabe el visitante también, que esa voz léxica se aplica por los nombres, lejos ya de lo humano, al instante nacarado en que el diario transcurso del sol hace emerger de la noche desplomada al campanario gozoso de tañer, en tanto que el apelativo lanzado en la glicina acredita voluntad de permanencia, contraria al arabesco de nácar, que pronto sucumbe en el gran deslumbramiento.

El pregón vuelve, majadero: “¡Aurora! ¡Aurorita!”. Entonces quien avance con la vista interrogante prendida al último pilar no hallará allí otro elemento que no sea el pilar mismo, el leño de la trepadora, su follaje liviano y, prendida en él, una extraña placa verde, inmóvil en el constante balanceo que la brisa suscita. El transeúnte, regido por la sana convicción de que no pueden ser la planta, ni el pilar ni aquella placa —vegetal a su parecer probablemente traída del jardín cercano por ráfaga más potente, suficiente para arrancarla de un árbol tropical de los que allá se alzan— se muestra ya dispuesto a sellar la curiosidad y a continuar su trayecto. Cuando ...

“¡Aurora! ¡Aurorita! ¡Corre, corre, caballito!”, todo en perfecta dicción, como en busca de diálogo o siquiera de interrogación pertinente al transeúnte. Mas si éste le dice algo al azar, la voz se ciñe a lo consabido.

La placa ha girado; sale la voz de un pico robusto, estuche córneo resistente a todo embate de usurpador de tesoros; habla portada en una lengua recia forjada en negro de alquitrán; mientras el esfuerzo de remedar las palabras pone en juego los círculos concéntricos del órgano visual, achica y dilata el del iris, circunda la pupila con retráctil anillo anaranjado, sin que ello borre un instante, de la expresión fisonómica, la característica de seriedad inalterable de un oficial de fe pública.

¿Pudo adquirir ese rostro de funcionario allá en el trópico de donde provino? ¿bajo el alto toldo verde de la selva amazónica, en

uno de cuyos majestuosos sustentáculos vegetales se trenzaba el nido del que implume cayó? ¿o más tarde, ya en la baranda del muelle al que atracaban las lanchas surcadoras del Marañón inmenso, que surten a la avanzada peruana de Iquitos en el corazón continental? Por dicha baranda paseaba su estribillo "¡Aurorital!", con que se escuchaba convocada al alimento de mediodía o al reposo nocturno, y de tan distantes latitud y escenario llegó un día a recibir posesión de la glicina.

En balde, ¡pobre Aurora! habla, canta, ríe o silba; yo sigo siendo, al par que todos mis semejantes, intérprete incapaz. ¡Y qué decir del perro, que eriza los pelos porque ha oído, alto en el aire, su ladrido aprendido; o de la gallina, que arranca a prevenir equívocos del gallo cuando en la glicina cacarean!